



## ELEGÍA DEL CUERPO

Oh pobre cuerpo mío  
que llevo por el mundo como un perro  
sumiso, flaco y triste;  
cuerpo que me sorprende de improviso,  
al volver de lo abstracto,  
con su perfecto aplomo de cosa ya existente,  
inevitable en todas sus llanuras y montes,  
y que es cambiante y vago -ioh cuerpo de mi infancia-  
como una flor exótica que aun en la mano crece.  
Cuerpo a veces glorioso como un caballo alado,  
cuando tiene tensión de corzo en primavera;  
pero otras veces, cuerpo grotescamente a rastras,  
como una lata atada a la cola de un can.

Tú te vas apagando poco a poco  
hasta hacerte en los pies casi herramienta.  
Oh máquina admirable  
que trabajas, sin sueño, para que en paz yo piense;  
como una madre que hace todo el trajín de casa  
para que la hija pueda estarse en el balcón.  
No he de ser para ti ese caminante  
que al llegar a su hogar  
tira la rama que cortó en el bosque  
para apoyarse en ella.  
Tú entrarás de mi mano a la región perfecta;  
tú, pobre cuerpo impuro,  
a mitad de camino entre el ser y el no ser.

... Pero tiemblas, ¿qué tienes?, ¿qué te pasa?  
Ah, ya lo sé, mi cuerpo;  
no lo quieres decir, pero entiendo tu angustia.  
Temes la eternidad,  
la pureza exactísima e inmutable,  
para ti corrosiva; para ti,  
tan dulcemente feo, hecho para unos días,  
cómodo en tu costumbre de ser siempre imperfecto.  
Piensas la eternidad como un hielo sin mancha,  
luminoso e inmóvil, pero frío;  
tú, que logras estar caliente un poco  
a fuerza de moverte y cambiar sin descanso.  
Temes ser como un pobre que entrase en una fiesta.  
Tú, amasado con tiempo, manojos de costumbres,  
y en que cada defecto está atado a mi nombre,  
temes el agua quieta de lo eterno,  
su belleza suprema en que todo se iguala;  
temes ahogarte en esa atmósfera purísima,  
temes morir en brazos de lo perfecto y único,  
ser momia de cristal claro y helado.

Pero no, pobre cuerpo, no tiembles al andar,  
aunque sin decir nada, como un corcel sumiso.  
Te salvarás del salto y serás luminoso.  
No tengas miedo, no. Sí, también yo he temido  
que esa luz me consuma por completo  
y caiga destrozado, con los pulmones rotos,  
en los llanos de Dios;  
y a veces he pensado, trémulo de infinito,  
que era mejor quedarse  
aquí, en la medianía del mundo, traspasados  
por la flecha larguísima del tiempo ...

Pero no, pobre cuerpo:  
Dios nos dará al entrar en sus dominios  
el casco y la coraza de su soplo.  
Seremos diferentes, claros, bellos,  
y seguiremos siendo nosotros, sin embargo ...  
Ea, vamos, mi cuerpo, no tengas más temor;  
mi pobre perro triste ...